

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, febrero de 1896 ✧ NÚMERO 71



APOYADO EN LA PARED, Á LA LUZ DE UN FAROL, ABRE LA CARTA DE RAQUEL (Pág 555)

LA HERENCIA DE UN CÓMICO

POR

PONSON DU TERRAIL

(Conclusión)

Si se erguía, si alisaba su barba, si acudía una sonrisa á sus labios carnudos, se hubiera dicho que era un joven.

El doctor era alemán y su persona era muy conocida en el barrio de la Calzada de Antin.

Sin embargo, no ejercía habitualmente, no daba consultas y no se molestaba en visitar á un enfermo sino cuando toda la facultad de París le había abandonado.

Cuando un médico de cabecera decía junto al lecho del moribundo que se enviase á buscar al doctor alemán, los parientes creían deber bañarse en lágrimas, el heredero encargaba las esquelas mortuorias y el catafalco fúnebre. Rara vez se seguía el consejo del médico.

No obstante, el doctor alemán había operado, según el rumor público, curas en extremo maravillosas. Citábanse tres, sobre todo muy singulares.

Un banquero, cuya fortuna se elevaba á doce millones, se batió por una bailarina y volvió á su casa con el pulmón atravesado por una estocada.

Todos los médicos que le vieron declararon que era mortal la herida.

La mujer del banquero llamó al doctor.

Era joven, hermosa, y se lamentaba sin motivo, porque, en rigor, su esposo iba á morir justamente castigado por haberla abandonado.

—Señora,—dijo el doctor,—para cualquier otro vuestro marido es hombre muerto. Hablemos, si gustáis, cómo si estuviéramos al día siguiente de los funerales. ¿Le llevasteis algún dote? ¿Os reconoció él alguno por su parte? Su muerte ¿va á reduciros á la estrechez?

—¡Ah, caballero!—exclamó la pobre mujer.—Mi marido me lo ha dado todo en nuestro contrato matrimonial; pero tomadlo todo, si es preciso, y salvadle.

—Si le salvo,—respondió el doctor,—me daréis tres millones.

Un mes después, el banquero estaba fuera de peligro. Al cabo de un año se arruinaba en la Bolsa y se levantaba la tapa de los sesos. Al día siguiente la pobre viuda recibió bajo sobre, con el lema *restitución*, una inscripción de tres por ciento, productiva de 140,000 libras de renta.

Esta corrió á casa del doctor, y le encontró en un gabinete estrecho, medianamente amueblado y atestado de libros.

Su objeto era devolver los tres millones; pero el doctor le dijo sonriendo:

—Ejerzo la medicina por afición: guardaos eso, señora.

Prescindiremos de los otros dos rasgos, en obsequio á la brevedad, y continuaremos nuestra historia.

XXI

No siempre se perezca de resultados de un ataque apoplético.

Citaremos, en apoyo de esta opinión, al barón Rodolfo, que, después de haber caído cuan largo era sobre la acera cercana á Nuestra Señora de Loreto, se volvió á hallar acostado sobre su cama.

Sus miradas atónitas recorrieron pieza por pieza todos los muebles que componían su miserable ajuar.

El reloj mismo estaba sobre la chimenea, y marcaba las doce de la mañana.

—Es singular,—murmuró á media voz.—Me explico muy bien lo que ha debido suceder. He tenido un ataque de apoplejía; mi brazo, ceñido con una venda, me dice que me han sangrado; tenía algunos papeles en el bolsillo que habrán hecho conocer mi domicilio. Todo eso es muy natural. Pero aquí es donde empieza lo fantástico: mi mueblaje, embargado hace una semana, debía ser vendido hoy. Un alguacil no ha retrocedido nunca delante de un moribundo. ¿Se ha muerto acaso el que representa á mi acreedor?

—Lo he pagado yo,—dijo una voz.

El barón volvió la cabeza y vió á un desconocido sentado á su cabecera.

Era el doctor.

—Dispensadme, caballero,—dijo,—que me haya tomado la libertad de desembarazaros de esa miseria.

—¡Una miseria!—exclamó el barón.—¿Tengo acaso el honor de hablar al señor de Rothschild en persona?

—No, señor,—respondió el doctor.—Soy un pobre médico alemán que no ejerce sino por amor á la ciencia.

—¡Pero habéis pagado por mí diez mil francos!

—Próximamente.

El barón saludó.

—Si cada uno de vuestros enfermos os cuesta otro tanto, ó tenéis muy poca clientela ó sois más rico que el ilustre banquero cuyo nombre acabo de pronunciar.

—Tengo cerca de quinientas mil libras de renta,—respondió modestamente el doctor.

El barón saludó de nuevo.

Siempre se saluda á un hombre que tiene quinientas mil libras de renta, aunque sea calvo y alemán.

Luego continuó:

—Estoy verdaderamente afligido de que os hayáis tomado la molestia primero de arrancarme de las garras de la muerte y luego de pagar mis deudas.

—¿Tenéis acaso otras?—preguntó con flemma el alemán.

—¿Por quién me tomáis? —replicó Rodolfo con altivez. —¿Pensáis que un hombre como yo hubiera pensado en levantarse la tapa de los sesos si sólo hubiera debido diez mil francos? Pero quizá no sabéis...

Los labios del doctor se arquearon con una sonrisa.

—Lo sé todo. Habíais dejado sobre la mesa una carta que me he permitido abrir.

—Habéis hecho bien. Ahora,—prosiguió Rodolfo,—hablemos formalmente. ¿Cuándo podré levantarme?

—Mañana.

—Entonces, me despediré de vos esta noche. Pienso levantarme temprano.

El doctor siguió sonriéndose.

—Es inútil preguntaros por qué. ¿Pensáis siempre en mataros?

—¡Diantre, doctor! Poneos en mi lugar.

—Es verdad. Pero ¿no echaréis nada de menos?

—Nada. ¡Ah! Sí. Se me olvidaba: echaré de menos dos cosas.

—Veamos.

—Primero, no conocer á mi vecino misterioso.

—Bien. ¿Qué más?

—Además, sentiré igualmente no volver á ver á una mujer encantadora á quien sólo he percibido un segundo.

—¿En dónde?

—Ahí... en la calle. Una mujer que volvía del baile y que ha entrado justamente en la casa donde se encuentra la famosa ventana.

—¡Ah! Muy bien,—dijo el doctor.

Después meditó un momento.

—Señor barón,—dijo,—con un médico, como con un confesor, no hay que andar con rodeos. No quiera Dios que un doctor alemán, compatriota de Werter, piense en reprobar el suicidio. Queréis mataros porque estáis arruinado. ¡Dios me libre de censuraros! Sin embargo, ¿si os hiciese una pregunta?

—Vos diréis.

—Suponed que un amigo viniera á deciros: «No se levanta uno de la mesa sino cuando tiene hambre. Tú tienes hambre: hártate. Para satisfacer tu curiosidad y volver á ver á esa mujer necesitas unos cuantos días de existencia. Yo te los vengo á ofrecer». Barón: ¿qué responderíais?

—Aceptaría, doctor.

—Pues bien: ya os lo he dicho. Soy un médico excéntrico. Si pago las deudas de mis enfermos, con mayor razón debo ser hombre capaz de satisfacer su último capricho.

Y colocó sobre la mesa de noche tres billetes de mil francos.

—¿Basta para ocho días?

—¡Es demasiado, doctor!

—¡Bah!—replicó el alemán.—Esto no representa sino treinta y seis horas de mis rentas. Vivid ocho días y vivid lo mejor posible. Bebed champagne, montad á caballo, amad, jugad, no

os privéis de nada absolutamente. Sólo os impongo una condición; mejor dicho, dos.

—Hablad, doctor.

—Prometedme primero que, aunque busquéis el secreto de la ventana siempre cerrada, respetaréis las leyes novelescas y no os conduciréis ni como un agente de policía que penetra en las casas bajo pretexto de orden público, ni como un propietario mal criado que toma informes del portero.

—¡Palabra de caballero!—dijo el barón.

—Además, me permitiréis venir á veros todos los días un cuarto de hora por la mañana, á título de médico.

—¡Ah, doctor! Sois un hombre de talento, y vuestra filantropía es la más verdadera que he visto nunca.

El doctor saludó á su vez. Instaló un enfermero á la cabecera del barón, y se marchó.

XXII

Quince días después, el señor barón Rodolfo de Vergniaules había gastado dos mil ochocientos francos de los tres mil que le había dado el doctor, y no se hallaba más adelantado que el día que éste los puso encima de la mesa.

No había vuelto á ver á la hermosa desconocida; no sabía aún quién era el huésped misterioso de aquel aposento, cuya luz brillaba toda la noche.

En cambio, había recobrado una salud robusta y un apetito majestuoso.

No le quedaba de su apoplejía más que algunas manchas azuladas sobre los brazos y los hombros, manchas que un médico hubiera llamado *efélides*.

—Vaya, caro doctor,—decía al médico alemán, que le hacía su décimaquinta visita.—Creo que ha llegado la hora de despedirnos. Con los doscientos francos que me han quedado, os convido á almorzar en el café Inglés, y nos separaremos á los postres.

—Como gustéis,—dijo tranquilamente el doctor.

Poco después se hallaban ambos en el susodicho restaurant.

El barón Rodolfo estaba alegre, gracias á dos botellas de Chateau-Margaux añejo.

Fumaba en aquel instante un cigarro excelente, y paladeaba sorbo á sorbo una copa de licor.

—¡Eh! Ahora,—dijo el doctor sacudiendo la ceniza de su *trabuco* sobre el plato,—hablemos formalmente.

—Sea. Hablemos, doctor.

—Suponed que soy vuestro mayordomo, y dejadme arreglar vuestra vida como si aun tuvierais cien mil libras de renta.

—Supongamos, doctor.

—Os alojo en un pequeño palacio. Puede adquirirse uno por doscientos mil francos, ó sea diez mil francos de alquiler.

» Almorzaréis en casa y comeréis aquí. Con-

temos cincuenta luises de bucólica por mes.

»Cinco criados, una cocinera, un ayuda de cámara, un *groom*, un palafrenero y un cochero: ocho mil francos próximamente.

»Dos caballos de faetón, un caballo de silla y un caballo de caza: quince mil francos, poco más ó menos.

»Cinco mil francos al sastre, mil escudos para guantes y corbatas.

—Pues escuchadme. Busco desde hace treinta años el rastro de una enfermedad conocida en la Edad Media con el nombre de la *peste negra*, y que ha desaparecido hace tres siglos. Juzgad, pues, mi alegría, cuando hace quince días descubrí, al reconocerlos para curarlos, los síntomas de esa enfermedad.

—¿De veras?—exclamó el barón, que no pudo evitar cierta inquietud.



Allá arriba, dominando una reunión de viñas... se ve el caballeresco castillo (Pág. 558)

»Pongamos siete mil francos de gastos imprevistos. Total, sesenta mil francos.»

—Es exacto, doctor.

—Supongamos que aun tenéis cien mil libras de renta. Os quedarán cuarenta mil francos para comprar chales, regalar encajes y fumar puros.

—Me parece suficiente con eso.

—¡Oh!—dijo el doctor, siempre frío y calmado.—Con un *ejemplar* como vos no me paro en treinta mil francos más ó menos. Si estáis apurado recurriréis á mi caja.

Estas últimas palabras arrancaron una exclamación de sorpresa al barón.

—¡Ah, diantre, doctor!—dijo.—¿Qué broma es ésa?

—Nunca me chanco, barón. ¿No os he dicho que iba á proponeros un negocio?

—Cierto.

—¡Bah!—dijo el doctor, riéndose.—Un hombre que quería matarse hace un momento, ¿tiembla al solo nombre de enfermedad?

—Tenéis razón,—respondió Rodolfo.—Esa enfermedad ¿es mortal?

—Seguramente. Sólo que cuando se ha resistido un acceso como el que vos habéis tenido, no hay razón para que no se pueda vivir diez, quince ó veinte años.

—¡Ah! Eso me tranquiliza.

—En cuanto á mí, no he gastado sumas inmensas para dejar escapar el *solo caso* que he encontrado. Así es que ved lo que os propongo.

—Hablad, doctor.

—Voy á señalaros una pensión anual de 100.000 francos. Viviremos juntos como padre é hijo. Vos arreglaréis vuestra existencia como en tiempos pasados. Os permito todos los placeres y hasta todos los excesos. Amad, jugad,

bebed, cazad. Cuanto más resistáis, tanto más fructuosos serán mis estudios. El día que muráis, tendré una soberbia autopsia que realizar.

El doctor hablaba fríamente, como un comerciante que trata de un negocio.

—Vamos,—dijo;—¿os conviene eso?

—¡Es claro!—dijo el barón.—Si me hubiese matado esta mañana, hubiera muerto en el mejor instante de mi vida.

—Mientras instalan la casa que vais á habitar y un amigo vuestro se encarga de montaros las cuadras, haremos un viajecito de unos quince días. Iremos á Alemania, á un pequeño principado cuyo soberano es amigo mío. Es un príncipe ilustrado, filósofo y apasionado por la ciencia, que pondrá á mi disposición un pobre diablo condenado á muerte por algún crimen.



Un joven, débil y convaleciente aún, ha venido á sentarse á la orilla del mar (Pág. 568)

—¿Lo creéis así?

—¡Es claro! El mejor instante, según mi opinión, es aquel en que se vuelven á encontrar 100,000 francos de renta, que estaban perdidos. No obstante, dejadme que os haga una pregunta.

—Decid.

—Si me hubiera matado esta mañana ó hace quince días, ¿hubierais podido hacer mi autopsia y economizaros 100,000 libras de renta? Porque, como decís muy bien, puedo aún vivir diez años.

—Y quizás veinte. Pero escuchadme. No es un caso único el que quiero estudiar.

—¡Ah!

—Quiero saber si esa enfermedad, siendo contagiosa en la Edad Media, puede aún hoy serlo.

—Eso es distinto.

—Bien. ¿Y qué?

—Entonces os sangraré, y, con ayuda de un fuelle que he imaginado, introduciré medio cuartillo de vuestra sangre en las venas del condenado.

El barón hizo una mueca.

—Si la enfermedad que en vos existe, en estado de herencia, sin duda transmitida al través de las generaciones, ha perdido, por lo tanto, parte de su energía, lo que explica que os haya dejado vivir hasta ahora; si la enfermedad, repito, es contagiosa, como pretende el doctor Lorenzo Nami, matará al condenado á muerte en un tiempo más ó menos largo, á no ser que yo consiga curarle, lo cual sería un gran triunfo para mí.

—¡Calla!—dijo el barón, encendiendo su segundo cigarro.—Hé aquí una combinación en la cual no había soñado nunca.

—No se puede pensar en todo,—dijo fríamente el doctor.

—Pero si curáis ese segundo caso, ¿podríais curarme á mí también?

—No,—dijo el doctor.

El barón se estremeció ligeramente.

—Aunque pudiera,—continuó el doctor con flema,—no lo haría.

—Y ¿por qué?

—Vais á ver. Suponed que inocular vuestro mal á dos condenados y que curo al primero.

—¡Bueno!

—Indudablemente que dejaré morir al segundo para procurarme una autopsia de las más curiosas.

—Perfectamente; pero ¿y yo?

—¿Vos?—dijo el doctor.—Vos sois la vacuna, permitidme que me sirva de esta palabra. Vos habéis traído con vos, en el estado de herencia, la enfermedad al nacer, y vuestra autopsia me es indispensable para la gran obra que preparo. Pensad que puedo dejar un nombre inmortal en la ciencia.

—Vuestro argumento no tiene réplica, querido doctor,—respondió el barón Rodolfo;—pero dejadme que reflexione un poco.

—Cuanto gustéis.

Rodolfo fué á apoyarse sobre el hierro del balcón y contempló el bulevar, brillante de luz y cubierto de esa muchedumbre mundana cuya vista da vahidos.

—Después de todo,—se dijo,—si me mato en el acto, no evitaré el escalpelo de ese maldito doctor. Es hombre capaz de robar mi cadáver.

Y, volviéndose, dijo:

—Acepto, doctor. Quiero ver de nuevo á la rubia.

—Mi amigo,—respondió el doctor,—os aconsejo que le enviéis un ramillete y una pulsera. Es la señorita Rosina, del teatro de Variedades. Ahora, dejadme que os informe sobre la ventana misteriosa. Es la de mi gabinete de estudio. Tengo costumbre de ponerme á estudiar de noche.

XXIII

Hay una cosa penosa siempre para un novelista, y es el empleo de esas tres ***, ó de las tres *estrellas* de que á menudo se ve obligado á servirse.

El pequeño principado alemán á donde voy á acompañaros existe realmente. Tiene sus embajadores, su Gobierno y una cámara electiva que confecciona leyes y se hace representar en la Dieta de Francfort.

No quisiera nombrarle, por temor de atraerme complicaciones diplomáticas, y, sin embargo, el empleo de esas tres *** me crispa los nervios.

Voy, pues, á disfrazarlo con un sendónimo y á llamarlo el landgraviato de Mariemburgo.

Si existe un país de ese nombre, le presento de antemano mis excusas.

Conque, como íbamos diciendo, en una hermosa mañana del mes de marzo, S. A. R. el landgrave Federico José de Mariemburgo estaba en conferencia con nuestro doctor en un pabellón de su palacio, convertido en gabinete de química y anatomía.

—Mi querido doctor,—decía el príncipe,—no sé rehusar nada á la ciencia; pero me hallo muy perplejo, porque si el tribunal supremo de justicia absuelve al acusado Conrado Scheffer, pasarán quizás diez años antes de que tengamos otro condenado á muerte.

—¿Qué crimen ha cometido Conrado?—preguntó el doctor.

—¡Oh!—dijo negligentemente el príncipe.—Un crimen hacia el cual los jueces se muestran muchas veces indulgentes. Ha matado á su mujer. Ya conocéis á los alemanes: siempre son inclinados á quitar la razón al sexo débil, aun cuando ha pagado su sinrazón con el pellejo. Me he hecho referir el proceso. Scheffer es sastre. Su tienda está enfrente de un peluquero. Conrado es cojo, pecoso de viruelas y tuerco. Además tiene cincuenta años. El peluquero es un buen mozo, y su mujer le miraba con buenos ojos. Esta mañana Conrado le ha estampado su plancha de asentar paño.

—Y ¿V. A. teme que sea absuelto?

—¡Pché! ¡Quién sabe! Por lo demás, pronto lo sabremos, porque en este momento le están juzgando.

El landgrave dió orden á uno de sus oficiales de correr á caballo al tribunal. Media hora después, el landgrave recibía la noticia de que Conrado estaba condenado á muerte, pero los jueces le recomendaban á la clemencia del soberano.

—Que me traigan al condenado,—dijo el príncipe.

Una hora después, el pobre sastre, más muerto que vivo, era introducido en el laboratorio del doctor.

—¡Tanante!—le dijo el príncipe.—Has merecido la horca, y encuentro á los jueces bien osados en pensar ni por asomo en mi clemencia. Sin embargo, me digno agraciarte provisionalmente. Este caballero que está aquí, que es un gran médico, va á hacer contigo un experimento. Si sobrevives á él, serás libre.

El pobre sastre se inclinó con las lágrimas en los ojos y besó la punta de charol de las botas de S. A.

En este momento entró el barón Rodolfo.

El barón tenía una sonrisa plácida en los labios, y su rostro estaba radiante de satisfacción, como cumple á un hombre que ha hallado 100,000 libras de renta y que ha hecho un viaje en silla de posta, teniendo por compañera á la señorita Rosina, á quien el director del teatro de Variedades ha concedido una amable licencia.

El barón se prestó con la mayor finura al experimento del doctor.

Se quitó su levita delante de S. A. R. el landgrave, con tanto desembarazo como si se hubiese desnudado delante de un simple parti-

cular; le enseñó sus brazos, sembrados de algunas manchitas oscuras, y no pestañeó al ver sacar la lanceta de su bolsa al doctor.

—No me sangréis demasiado, doctor,—dijo.—Tengo necesidad de todo mi vigor.

—Un simple cortadillo bastará,—replicó el doctor con amable sonrisa.

E hincó su lanceta, que hizo brotar la sangre.

La sangre del barón era negra. El doctor recogió justamente un cortadillo, vendó después con presteza la vena, y el barón se sentó y aceptó un cigarro de la mano aristocrática de S. A. R. el landgrave.

El pobre sastre miraba todo aquello con aire estúpido.

—Ahora á ti,—dijo el doctor.

Había hecho confeccionar el fuellequito, hizo con gran limpieza una incisión en el brazo izquierdo del sastre é introdujo la punta del fuelle en la vena, en tanto que el landgrave, incitado por un excesivo amor á la ciencia, no desdeñaba verter la sangre en el instrumento.

El fuelle funcionó. A la tercera insuflación, el sastre arrojó un grito y cayó muerto.

—Lo esperaba,—dijo fríamente el doctor.—Barón, tenéis en las venas el más activo de los venenos animales.

Hubo que llevarse á Rodolfo desmayado.

XXIV

Tres meses después, un jinete marchaba al paso, montado en una magnífica jaca escocesa de dos cuerpos.

Era un joven vestido con elegancia, pero pálido como la muerte.

Atravesó la plaza de la Estrella, llegó al bulevar Beaujon y traspasó la verja de un pequeño palacio que un criado respetuoso se apresuró á abrir delante de él.

Un tilburi enganchado á un hermoso trotón estaba parado en el patio.

—El señor vizconde de Chemilly,—dijo el criado al que acababa de llegar,—ha venido á ver al señor barón; y como he dicho al señor vizconde que no estaba el señor barón, el señor vizconde ha entrado en el cuarto de fumar del señor barón.

El joven arrojó las bridas, echó pie á tierra y se dirigió al vestíbulo con paso lento.

El señor vizconde de Chemilly era un guapo joven, fresco y rosado de veintiocho á treinta años. El barón Rodolfo, pues él era el que entraba, le encontró sentado perezosamente en un sillón, con un cigarro en la boca y un periódico en la mano.

—Buenos días, Arturo. Te agradezco que hayas venido hoy á verme.

—Buenos días, Rodolfo,—respondió el vizconde.—¿Cómo te va?

—Cada día peor, amigo,—respondió el barón con una triste sonrisa.

—¡Ah! ¡Qué diablos, querido! Explicáte,—

replicó vivamente el vizconde.—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Qué enfermedad desconocida es esa que te mina? Te he conocido casi arruinado, y, sin embargo, despreocupado como nadie. Te vuelvo á ver rico, feliz, amado, porque Rosina está loca por ti, y tienes el aire de un condenado á muerte.

—Es que lo soy, en efecto.

—¡Bah! Eres fuerte como un Hércules.

El barón hizo un gesto febril.

—Oye,—dijo;—voy á explicarte mi secreto. Hace cuatro meses, salí una mañana de mi buhardilla, alegre como un gorrión, con una pistola en el bolsillo y la resolución bien formada de levantarme la tapa de los sesos. En aquella época, amigo mío, hubiera abandonado la vida como se sale del teatro después de una comedia fastidiosa, sin pena, sin volver la cabeza, tan naturalmente como se despide uno de un caballo asmático ó de una querida envejecida.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo miedo de la muerte y la veo venir. Cada hora que pasa me aproximo á ella; cada paso que doy me hace avanzar una legua; muero á cada minuto y tiritó al pensar en el momento que seguiría á mi muerte. ¡Oh! ¡Es horrible!

Y entonces, con voz febril y entrecortada, el barón Rodolfo contó el pacto diabólico y fatal que había hecho con el doctor.

Y cuando hubo terminado esta extraña relación, añadió:

—Figúrate que la muerte no es ya nada á mis ojos. Lo que me espanta es el día siguiente. Si cierro los ojos, veo en seguida el rostro de ese monstruo á quien he vendido mi cuerpo; si me duermo, me despierto en seguida bajo una terrible impresión de frío. Me parece que el escalpelo del doctor se pasea implacable por todo mi cuerpo. Cada noche, por fin, asisto á mi autopsia. Ese hombre viene á mi casa diariamente á las ocho en punto. Me examina como un acreedor. Su mirada parece decirme: «Tengo prisa. ¿Cuándo vais á reembolsarme?» Muchas veces he tenido un pensamiento infame, un pensamiento de tramposo. He ideado huir, dirigirme al Havre, embarcarme en un buque cualquiera y arrojarme, al partir, en alta mar. La idea de ser pasto de los tiburones y librarme del bisturí me sonreía. Pero obrar así ¿no sería un robo? ¿No sería hurtar mi cuerpo á ese hombre? ¿Me pertenece acaso á mí? ¿No lo ha comprado?

XXV

Aquella misma noche el vizconde de Chemilly decía en el Jockey Club:

—Señores, tengo una triste noticia que daros. El pobre barón Rodolfo está loco, loco de atar.

El vizconde no había creído una palabra de lo que le había dicho Rodolfo, y estaba persuadido de que debía sus cien mil libras á la muerte de un anciano tío de provincia.

XXVI

Una mañana, tras una horrible noche de insomnio, el barón vió entrar en su casa al doctor.

El honrado sabio estaba radiante de alegría, y su sonrisa ensanchaba desmesuradamente sus gruesos labios.

—¡Eureka, hijo mío!—dijo.—¡Eureka! ¡Lo encontré!

Rodolfo dirigió hacia él su vista atónita.

El doctor se sentó con el apresuramiento de un fatuo que va á contar una conquista.

—Sí, hijo mío; sí, mi querido caso: he hallado el antídoto, el remedio de ese veneno animal que lleváis en vuestras venas y que no os impide vivir, mientras que mató de golpe al sastre.

—¿Habéis hallado el remedio?—exclamó Rodolfo, olvidándose de que el doctor no debía experimentar sus efectos sobre él.

—Ciertamente. He descompuesto el residuo de sangre que no introduje en las venas del sastre, lo he analizado y he hallado que contiene yoduro de hierro en una cantidad prodigiosa. A dosis igual con el veneno, estaríais muerto hace mucho tiempo; pero como el principio ferruginoso domina, habéis podido vivir hasta ahora. Ved lo que he hecho. He pedido á Alemania otro condenado á muerte, que S. A. R. el landgrave ha tenido la bondad de confiarme. Este bueno de príncipe es un fanático por la ciencia. El tal condenado es un soldado desertor. Es alto y sólido, joven de veinticinco años, robusto como un roble y come sus ocho libras de *roast-beef*, diarias. ¿Sabéis lo que hago con él desde hace tres meses? Le atraco de hierro bajo todas sus formas. Está yodurado de pies á cabeza.

—Bien. ¿Y qué?

—Mañana os sangraré.

El barón se estremeció.

—Un miserable cortadillo,—dijo el doctor.—Si mi hombre no muere, como espero, el experimento será decisivo.

Y el doctor volvió á coger su bastón y su sombrero, y se fué contento como unas pas-cuas.

Al día siguiente acudió seguido de su tercer caso.

Era un grueso alemán de sonrisa bobalicona, de musculatura de toro, y que miró al barón con unos ojos pequeños y redondos sin expresión.

El barón Rodolfo estaba más pálido y más desfigurado que nunca.

El doctor frunció las cejas y dijo para sí:

—Creo que el mal hace progresos. Necesitaría, sin embargo, que viviera aún un año.

El barón se dejó sangrar; pero, antes de que

el doctor hubiera acabado de vendarle el brazo y antes de que hubiera empezado el experimento con el grueso alemán, Rodolfo cerró los ojos y se desmayó.

—¿Lo habré matado?—se preguntó el doctor con inquietud.

XXVII

Las islas Hyeres se elevan verdes y frondosas sobre ese manto de azul que se llama el Mediterráneo.

Es por la tarde; el sol de la Provenza va á desaparecer en el horizonte; la brisa es tibia, y el cielo tan azul como la mar.

Un joven, débil y convaleciente aún, ha venido á sentarse á la orilla del mar, apoyado en el brazo de un hombre de edad. Es el doctor, que ha conducido á Rodolfo á esta tierra bendita de aquellos á quienes abandona la vida en el continente.

Los escasos cabellos del doctor han encanecido; sus ojos están hundidos y cercados de anchas ojeras; la sonrisa no retoza ya en sus labios escépticos.

Este hombre tiene el aspecto de un anciano octogenario. Un mocetón alto y fornido, cubierto por una librea de lacayo, está á cierta distancia respetuosa: es el alemán condenado á muerte y que ha sobrevivido á la transfusión de la sangre envenenada.

—Hijo mío,—dice el doctor con voz grave,—habéis estado á punto de morir, habéis estado loco largo tiempo. Largo tiempo también he luchado con el mal á brazo partido, combatiéndolo por egoísmo y con ferocidad porque servía así á la causa de la ciencia. Pero un día tuve miedo... y me pregunté hasta qué punto tiene un hombre derecho de convertirse en verdugo por amor á la ciencia. El remordimiento invadió mi corazón y he pedido perdón al Todopoderoso. Dios ha hecho un milagro. No sólo me ha permitido salvaros, sino que ha hecho nacer en mí, hacia vos, el afecto de un padre. He hecho mi testamento, he quemado mi obra sobre *peste negra*, y os he curado de ella. Aun os quedan largos años de vida. ¿Queréis ser el báculo de mi vejez? ¿Queréis ser mi hijo?

El doctor se ha muerto este invierno. Su heredero, el barón Rodolfo, lleno hoy de vida y juventud, lo llora como á un padre.

También ha muerto definitivamente el célebre actor Kloss.

¡Ah! Y también son felices, y padres de tres ó cuatro hijos, la rubia Eva y el ex satánico Samuel.

— FIN —

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA